

CRONICAS

El Velo se Descorre (*)

Por el Dr. FELIX MARTI IBANEZ

II

Hace unas semanas que un inglés que parece escapado de un cuento de Somerset Maugham, de cara a grandes planos, canoso, los ojos como dos uvas pasadas y que anda tan erguido como sólo saben hacerlo los hombres pequeños, ha descifrado el séptimo secreto de la esfinge del paludismo.

Yo le escuché, cuando ante los médicos reunidos en el IV Congreso de Paludismo y Enfermedades Tropicales en Washington el Coronel H. E. Shortt le arrancó a Isis su último velo, al anunciar cuál era el escondrijo del parásito palúdico en su primera semana de ataque al cuerpo humano.

Hace unas semanas, que en otra crónica, profeticé la solución de séptimo misterio del paludismo en este gran Consejo celebrado. Acudieron a Washington más de mil trescientos médicos desde toda la redondez del planeta. Pasearon primero por la ciudad de pura y clásica arquitectura que es una Atenas de Pericles reconstruida en el siglo XX con amables parques de sombríos verdores y anchas avenidas. Como en 1816 dijera el ministro portugués Abbé Carrea, es una "ciudad de magníficas distancias" que convierten el simple acto de pasear en un verdadero Maratón. Los médicos visitantes recorrieron durante un domingo la ciudad inflamada de sol, en la que cada gran edificio blanco era en la distancia un pisapapeles de mármol puesto allí para que el paisaje no se echara a volar por el aire. Contemplaron las riberas del Potomac y las románticas colinas de Virginia y se pasmaron ante la Casa Blanca, blanca y sola en su jardín bajo el plateado claror de la luna, como una princesa reclinada en espera de su paje. El lunes por la mañana en el gran Interdepartmental Auditorium unas dos mil personas escucharon las oraciones inaugurales, saludaron las banderas de cuarenta y tres naciones entrelazadas en abanico de universal fraternidad, aplaudieron el discurso de Marshall — rostro y parla de noble sencillez campesina. — Y por la tarde iniciaron las tareas.

El Coronel H. E. Shortt, un inglés vestido con gran desaliño, la voz tan cansada como clara la idea, leyó un trabajo con un título estremecedoramente científico: "El ciclo preeritrocítico del Plasmodium cynomolgi". Para un oyente profano la disertación del Dr. Shortt sería solamente una letanía médica tan incrustada de nombres latinos como el pastel británico de Navidad lo está de pasas. Más en los veinte minutos de su charla, el orador descubrió el último secreto del paludismo y dejó tiritando en su desnudez una nueva y trascendental verdad científica.

Recordaba yo en mi otro artículo, que hace más de 40 años un gran

(*) La primera parte de esta crónica se publicó en el N° 168

Investigador médico, Schaudinn, cometió el fabuloso error de creer que había visto a los parásitos (esporozoitos) palúdicos penetrar directamente en los glóbulos rojos de la sangre y sus afirmaciones se aceptaron como artículo de fe durante mucho tiempo. Más tarde, se observó que después de la picadura del mosquito palúdico el individuo picado seguía normal durante 6 a 8 días, no conteniendo su sangre parásitos palúdicos durante dicho plazo ni siendo contagioso.

A los 8 días la infección estalla en síntomas y desde entonces la sangre se hace contagiosa, pero el microscopio no pudo revelar jamás la existencia de parásitos en ningún tejido orgánico. Como a la media hora de inoculados los parásitos se invisibilizan casi una semana en alguna oculta ciudadela del cuerpo humano. Los más famosos parasitólogos fracasaron en descubrir en el ser humano el misterio de esa "semana perdida" del parásito palúdico. A lo sumo se llegó a ver en polluelos y canarios que los parásitos se albergaban en ciertas células de revestimiento de los microscópicos capilares del hígado, bazo y médula ósea, desde donde invadían la sangre. Más en el hombre jamás fue posible ver si este proceso es similar, no sabiéndose dónde se escondía el parásito durante esa semana, al cabo de la cual y con el despertar del sueño parasitario la infección reverdece.

La obsesión de tantos investigadores ha terminado, al descubrir el Dr. Shortt, a quien valió el Premio Laverán su hallazgo, cuál era el misterioso reducto donde se ocultaban los parásitos. El paciente médico inglés durante muchos años realizó sus investigaciones en monos, a los que hizo picar por mosquitos anófeles infectados con cierta forma de paludismo que afecta a los simios. Para asegurarse de que la infección prendía reforzó las picaduras con inoculaciones de miles de mosquitos machacados y en suspensión en plasma sanguíneo de mono tratado por heparina y diluido en solución salina normal. Las secciones del hígado del mono infectado revelaron que los parásitos estaban alojados en el hígado.

Faltaba la prueba en los seres humanos. Como el Congreso de Washington se acercaba, el Dr. Shortt decidió arriesgarse. En su servicio hospitalario en Londres, estaba asistiendo a un paciente incurable afectado de cáncer. El anciano canceroso se ofreció a hacer de voluntario para el experimento. El Dr. Shortt le inculó más de dos mil mosquitos infectados de paludismo y machacados con suero salino, una inoculación equivalente al efecto de la picadura de los dos mil alados vectores del paludismo. Siguió horas de incertidumbre y espera, de temores y dudas. Esas noches silenciosas y anónimas de investigador que son en la íntima mecánica de la relojería espiritual como una cadena de apretados eslabones, remachados, acolia de meditación y estudio, labor y sacrificio. Al cuarto día, las biopsias, o sea las extracciones de partículas del hígado del enfermo, teñidas por colorantes y puestas al microscopio, no revelaron nada. ¿Terminaría todo como la estéril búsqueda de los cuatro decenios anteriores en que los ojos del médico no penetraron el

misterio del invisible escondite del parásito? Al quinto día, más biopsias. Las manos pálidas que depositan otra lámina con una partícula del hígado extraída del enfermo vivo, al microscopio. Y la revelación extraordinaria. Al parásito palúdico se le había buscado hasta entonces en las células reticuloendoteliales, en las células que tapizan ciertos órganos o en las que como buenas hilanderas van rellendo los vacíos orgánicos. Pero a nadie se le ocurrió lo que al Dupin de Edgar Allan Poe al buscar la famosa carta desaparecida, no en complicados escondrijos, sino entre los papeles que estaban a la vista de todo el mundo. Así, los parásitos palúdicos en su misteriosa e invisible fase previa a su entrada en la sangre que determina el ataque palúdico, se esconden durante la primera semana en donde nadie pensó buscarlos. No en los tejidos de relleno o de agnate, sino en el tejido noble, en la propia célula hepática. Ante los ojos del Coronel Shortt debió empañarse por un velo húmedo la imagen de la preparación microscópica. ¿Se había estado buscando por varios decenios en sótanos y desvanes, en secretos camerinos del cuerpo humano, el enemigo que estaba escondido en la antesala! El genio y el ingenio de un hombre acababan de arrancar al paludismo su séptimo secreto indispensable para conseguir su curación. La búsqueda de casi medio siglo, había terminado.

Unos días después de escuchar al Dr. Shortt su histórica comunicación y de haber hablado con él en varias ocasiones, le vi el sábado siguiente, en las escaleras de subida al gran auditorio donde se celebraba el Congreso. Era una radiante mañana de mayo. Dentro, en el salón penumbroso, estaban expuestos en microscopios algunas de sus extraordinarias preparaciones: Iban a comenzar las sesiones de la mañana. Nos paramos un instante en el umbral de la gran entrada. Por la avenida bordeada de árboles con mil coloquios pajariles en cada copa, avanzaban millares de niños con uniformes de colores, charangas, banderines, trompetas. Era el gran desfile anual de niños de todos los Estados Unidos en favor de la prevención de accidentes de auto en calles y carreteras. Niños con los uniformes de sus colegios, bandas musicales y las lindas majorettes o gentiles granaderitas, a paso de caballito de circo, ágiles como lebreles, esbeltas como una palma joven. Niños, niños, niños, música y flores bajo banderas flameando al viento. Hubo en mí una breve lucha interior. Perdió el médico y nació un poeta. Me senté en un escalón a ver al desfile. Allí dentro debían en la penumbra doctoral seguir hablando de virus y bacterias, más, afuera bajo un sol como un cascabel! de luz, triunfaba la vida. El Dr. Shortt que con su esposa, estaba a mi lado, me miró con sus ojos donde se había caído una chispita de sol: "Yo también me quedo" — me dijo sonriendo. Y anillos viejitos se acomodaron a mi lado sobre el escalón de piedra.
